El último viaje del cóndor

ALEJANDRO GABRIEL PÉREZ RUBIANO
CALI

Nací una fría tarde de agosto, en el año 1992, el 28 para ser más historiadores y menos poéticos, para luego vivir en Cali. Sarcásticamente lejos del lugar que amo, pero inevitablemente en casa, siempre he soñado con la vida de trovador, pues me ha enamorado el aire de libertad que desprenden los artistas. Entre pensamientos perdidos se me ocurrió lo majestuoso que sería volar como un cóndor. En torno a esa idea escribí mi cuento. A mi padre, por ser quien más confía en mí, le dedico este triunfo; al cóndor, por enseñarme una lección de humildad, le dedico el cuento.

Décimo grado. Colegio Franciscano de Pio XII, Cali.

El último viaje del cóndor

ALEJANDRO GABRIEL PÉREZ RUBIANO

Nostálgico, perdido entre un mar de pensamientos, se le veía sentado en su silla, aquella que siempre le era fiel, como si esta misma se fuera a ir a otro mundo con él. Se lo veía distante, casi ajeno, perdido. Los curiosos llegaban a aquel lugar soplado por el tiempo, como atraídos por un llamado lejano y siempre se preguntaban por lo que le había pasado a aquel hombre al que se le veía resignado: aquel que no hablaba, no miraba, apenas respiraba, escasamente se movía; aquel cuyos ojos reflejaban un vacío insondable. Contemplarlo se sentía como perderse entre miles de nubes, como si no existiera nada más que la constante sensación de estar recordando un pasado que no existe, que no volverá. El sólo mirarlo provocaba un llanto profundo y afligido en los más débiles de corazón. Aquel hombre de cabello blanco no como la nieve sino más bien como las nubes; aquel hombre que parecía la ironía misma en vida, siempre con su expresión feliz al tiempo que nostálgica. Ese que semejaba un rey desolado con su triste mirada posada en su reino caótico y no un viejo demente que parecía haber sido condenado por Dios a una muerte en vida.

Su historia me llegó susurrada por el viento como parte del repertorio traído por los viajeros del cielo. La vida de aquel hombre se puede resumir en una sola frase o extender a lo largo de páginas y páginas y aún así ni siquiera cabría en la imaginación del hombre. Su nombre se perdió en el viaje que hizo esta historia hasta este humilde redactor. Sólo sé que hoy es conocido como el "Cóndor". El Cóndor, en los años que ya se olvidaron en el tiempo, solía ser un humilde poeta que vivía de palabras y se alimentaba de letras de noche y de día. Aun cuando era un hombre muy pobre y desdichado, siempre se lo veía altivo, orgulloso, imponente, su rostro reflejaba una sabiduría demasiado profunda y aun así sarcástica en su inocultable ingenuidad.

Sus poesías eran, en su eterno anonimato, apreciadas como tesoros de la literatura perdida entre páginas olvidadas. Sus escritos fueron piezas magistrales de inspiración mundana pero a la vez preciosista. Tras sus letras se dilucidaba siempre un mensaje nostálgico que dejaba como única salida aquel sentimiento que él nunca pudo sentir o que tal vez simplemente nunca pudo recordar: el amor.

El Cóndor siempre se sintió ajeno a los problemas del mundo, aquellas miles de querellas que aquejaban a este mundo, siempre le parecían problemas ilógicos, casi estúpidos. Nunca pretendió, como buen trovador, hacer nada por nadie, tan sólo trasmitir el mensaje y que cada quien lo tomase como le viniera. Hasta que llegó aquel sombrío día en el que el Cóndor, como todo genio, alcanzó más temprano que tarde aquel punto indefinido entre la necesidad de la existencia por la creación y la idealización de la inexistencia por la inmortalización del alma, lo que en términos más mortales sería una crisis existencialista.

Pero el Cóndor no era un genio cualquiera. Él en su propio mar de creencias disueltas en su mezcolanza mental, aunque estaba

convencido de que no había nacido para este mundo tan inferior a sus extensiones mentales, sabía que este mundo estaba ligado a más de una dimensión y escaparse de él era solo cuestión de voluntad. A veces cuando era tan sólo un niño y se encontraba confinado por sus colegas, debido a cuestiones que siempre han aquejado a los genios, simplemente se escapaba dentro de su imaginación, iba a cualquier lugar de su mente y disfrutaba de los recuerdos más emocionales o los más impactantes y, cuando se aburría de la monotonía de los espacios humanos se expandía y viajaba por universos interminables y así resistía la soledad a la que había sido condenado mucho antes de nacer. Ahora cuando intentó viajar por aquellos espacios recónditos en la infinitud de su mente se dio cuenta de que ya estaba demasiado viejo, que su mente no podía reproducir con igual facilidad aquellos universos donde solía mecerse, hasta el punto en que las demás prioridades de su mente eliminaron furtivamente su posibilidad de imaginar; su posibilidad de trasladarse a lo más profundo de su mente. Cuando el Cóndor evidenció la traición íntima de la que era víctima se sintió desesperado y más humano que nunca antes en su vida. No le gustaba esa sensación, lo hacía sentir repugnancia, asco, náusea. Gritaba y buscaba desesperadamente una salida a su dolor.

Hasta que por fin la vio junto a su ventana recordándole la altivez de antaño, la libertad, el eterno desafío a las leyes mortales. Era aquel el rey de los Andes que lo miraba fijamente como desafiándole. Desesperado por el revoltijo en su mente, tomó la última gota de cordura que le quedaba y gritó conjeturando a aquel Dios que lo había condenado, pidiéndole ante aquel majestuoso animal que su alma fuera expandida y aunque fuera por un solo día poseer el cuerpo del cóndor. Sin pensarlo más y con intención de acabar con su tormento se abalanzó hacía el vacío.

Cuando abrió sus ojos y vio aquella imponente vista pensó estar en el paraíso, mas pronto se dio cuenta de que el cóndor había aceptado el pacto. Así, ahora volaba libremente. Primero toscamente, pero luego de forma majestuosa, abrazaba el aire, lo sentía bajo sus alas, hacía toda clase de maniobras y volteretas, viajaba largas distancias, se posaba suavemente sobre las más altas cumbres y volvía a caer al vacío como inmolándose a la eternidad. Reposaba en un árbol y se dejaba acariciar por el viento matutino. Se sentía otra vez libre. Había perforado la barrera que sujetaba su alma a su cuerpo, había fusionado su imaginación y su presencia física creía haber rebasado ya los límites de la divinidad. No podía esperar a describir todo esto. Todo lo que había descubierto, la verdad que le había sido oculta al hombre; sólo que al intentar regresar a su cuerpo recordó de golpe que todo pacto con un dios es injusto, su alma había quedado ligada a ambos seres, él era a la vez alma de cóndor y cuerpo de humano. No podía escribir nada pues su alma había sido condenada a vagar como un cóndor en el cielo. Según cuentan los viajeros del viento, sólo logró escribir una frase antes de quedar en el estado de letargo al que hoy sigue confinado: "El cóndor vuela alto pero siempre regresa a su nido". ■